

DOCUMENTOS

NUEVOS RELATOS SOBRE MÉXICO (Meshiko Shinwa). Segunda parte*

KIYOSHI IRIE

(Traducción del japonés: Hiromi Yoneda)

Zensuke y Hatsutaro retornan a Japón (mayo de 1842)

A Zensuke lo obligan a tomar un camino diferente

DESPUÉS DE TRANSCURRIDOS más o menos dos meses en “San Posé”, a mediados de mayo se decidió que Zensuke se fuera a caballo hacia otro pueblo. Éste solicitó que le permitieran seguir junto con sus otros ocho compañeros, pero eso no fue autorizado. Hicieron que tres mozos cargaran ropas, cazuelas, ollas, cubetas y hasta vajilla. Cuando Zensuke habría recorrido más o menos unos cien metros a caballo, salió a un área de campo y montañas. En las huertas se plantaban camotes, trigo, maíz, caña de azúcar, etc. Cuando hubo recorrido más o menos sesenta kilómetros, atardeció. Él se alojó en una aldea donde había aproximadamente treinta casas; durmió sobre una piel de vaca. A la mañana siguiente partió de nuevo a caballo. Apenas había recorrido un poco más de cien metros, cuando ya estaba fuera de la villa. Después de recorrer

* Agradezco de manera especial a los licenciados Alejandro Madrigal y Armando Arriaga, diplomáticos de la Embajada de México en Japón, a la profesora Silvia Novelo de la Universidad de Estudios Extranjeros de Tokio, y al profesor Guillermo Quartucci, de El Colegio de México, su amable ayuda en la revisión y corrección de estilo de esta traducción al español.

unos cuarenta kilómetros, atravesando campos, barrancas, valles, montañas, etcétera, llegó a un caserío de unas cinco casas, en donde pasó la noche. Al amanecer continuó su viaje. En los campos y las montañas no se divisaba casa alguna; al oscurecer durmió a la intemperie, luego de cenar masa de trigo y carne de pollo asada.

Luego de dormir al aire libre durante tres días, el día 21 de mayo llegó a una aldea de unas sesenta casas. Ese lugar era “La Pazo”. En la playa había un alojamiento de aproximadamente veinte metros cuadrados. Zensuke permaneció ahí hasta el mes de octubre.

El día 7 de julio, cincuenta días después de que Zensuke llegara a este lugar, alrededor de las seis de la mañana sopló una fuerte tormenta del sudeste. Se derrumbaron diez casas y en alta mar se encontraban varios barcos que naufragaron. Zensuke fue a ver los estragos de la tormenta.

A ochocientos metros de la costa había una isla de aproximadamente unos cuatro kilómetros de perímetro. El barco de contrabando que había rescatado a los tripulantes japoneses fue empujado hacia esa isla por el viento, y quedó destruido. Al día siguiente, quince tripulantes de esa nave llegaron a tierra. Zensuke le preguntó a señas al capitán del barco y a los marinos a quienes ya conocía, acerca de sus otros cuatro compañeros; pero como no entendía el idioma, no pudo obtener una respuesta clara. Ellos estuvieron cerca de diez días en el lugar y después se fueron, con rumbo desconocido, en una barca alquilada.

A mediados de octubre, obligaron a Zensuke a abordar un barco. Después de tres días de navegación llegó a una tierra que era “San Posé”. El patrón de Zensuke tenía casas en “San Posé” y en “La Pazo”, y vivía la mitad del año en cada una de las casas, por lo que algunos empleados también se veían obligados a desplazarse. De todo esto, Zensuke se enteró posteriormente.

Tuvieron la fortuna de subir a un barco que los llevó de vuelta a Japón; Zensuke y Hatsutaro oyeron decir que los llevarían a otro lugar, a mediados de octubre, y suplicaron que también los demás compañeros fueran llevados en la misma oportunidad. No obstante, les dijeron que sólo podrían subir al barco los dos. A las dos de la tarde subieron a un barco de

aproximadamente cincuenta toneladas. Las velas blancas de algodón se alzaban en dos mástiles. Navegaron cinco días rumbo al sur y llegaron a puerto.

Era Mazatlán. Después de desembarcar, llegaron a una casa como de treinta metros cuadrados. Las dos hojas de la reja estaban decoradas con numerosos adornos de hierro. Al pasar se encontraba la casa principal con dos habitaciones: una de más de quince metros cuadrados y la otra más pequeña. Diversas damas agasajaron a los visitantes con finas atenciones. Posteriormente partieron de ese lugar, caminando mucho más de un kilómetro. En la casa de un comerciante les asignaron una habitación de aproximadamente seis metros cuadrados para dormir. En la misma habitación estaban amontonadas telas de seda y mercancías encajonadas. En ese lugar, los dos estuvieron esperando un barco con destino a China, adelantándose así a sus demás compañeros. En el libro *Aboku Chikushi*, se explican los motivos por los que los dos tuvieron la suerte de regresar pronto a su patria, al contar con una fortuna favorable e inesperada: Hatsutaro tenía en su patria un padre ya viejo, y los mexicanos que lo atendieron se compadecieron de la proximidad de la muerte del anciano. Hatsutaro se llevaba especialmente bien con Zensuke, por lo que se decidió que los dos regresaran a Japón. Según el apéndice del libro citado, la casa donde vivió Zensuke en Mazatlán era la de don Luis, un gran médico.

A mediados de noviembre, el patrón acompañado de un mozo llevó a Hatsutaro y Zensuke a la costa. Allí estaba preparado un barco pintado de color negro y azul, que tenía aproximadamente treinta metros de largo y siete de ancho. Poco después de que los dos subieron, éste zarpó con rumbo al oeste. En pocas horas desapareció la costa. Ambos prestaron auxilio en los trabajos del barco. Comían dos veces al día: frijoles amarillos, masa de trigo y pescados desconocidos.

Desembarco de Hatsutaro en Macao

Después de navegar nada menos que setenta días, el barco llegó a puerto a finales de enero de 1843. Permaneció anclado durante dos días en el mismo puerto; sin que se supiera por

qué, solamente a Hatsutaro lo obligaron a subir a una lancha. Zensuke solicitó que también a él lo dejaran subir, pero no se lo permitieron. La lancha navegó poco más de dos millas marinas, y llegó a una isla. Dejaron que Hatsutaro desembarcara, y en ese momento la lancha se dio vuelta. Extraño, el japonés trató de hacer que el barco regresara, pero nadie volteó.

La gente de la isla empezó a reunirse, pero él no podía comunicarse con palabras. Cuando Hatsutaro escribió “Japón” en caracteres chinos con la mano, parecía como si lo entendieran. Cuando preguntó con señas de dónde eran, le escribieron “Macao, Canton, la dinastía Tang”. Cuando Hatsutaro solicitó que lo enviaran a Japón, uno de los hombres lo acompañó. Luego de caminar más de cuatrocientos metros, llegó a una zona de unas cuatro mil casas. Al pasar por cierta calle que medía más de trescientos metros, llegó a una casa con tejado de cerámica. A Hatsutaro lo llevaron a una habitación donde se encontraban varios naufragos japoneses: Yasahei del pueblo de Kaime de la Provincia de Noto (actual Prefectura de Ishikawa) y Sohichi del pueblo de Akaue de la misma provincia. Ellos habían sido tripulantes del barco *Shotokumaru* de la Provincia de Kaga (actual Prefectura de Ishikawa). Los dos naufragaron el día 16 de octubre de 1841, debido a una tormenta ocurrida en el mar de Kashima (actual Prefectura de Ibaraki).

En la parte final de un capítulo del libro original *Meshiko Shinwa*, se agregan como referencia las narraciones de Hisakichi y Otokichi sobre su naufragio, aparecidas en el libro *Abo-ku Chikushi*:

Hisakichi y Otokichi son originarios de la Provincia de Bishu (actual Prefectura de Aichi). En 1832, el barco *Hoiyun-maru*, en el que viajaban los dos, navegó a la deriva en el Mar de Enshu (actual Prefectura de Shizuoka). Fueron rescatados por un barco británico en la costa occidental de Canadá. Primero se les envió a Londres y después a Macao. Posteriormente fueron escoltados a Japón en el barco de bandera estadounidense *Morrison*. Sin embargo, el barco sufrió un ataque de cañonazos en las costas de “Soshu” (actual Prefectura de Kanagawa) y “Satsuma” (actual Prefectura de Kagoshima), por lo que los dos japoneses ya no regresaron al país, ante la imposibilidad de de-

sembarcar. Más tarde, los dos vivieron en Macao y Shanghai, y ofrecieron diversos servicios, entre ellos, el de intérpretes para los náufragos japoneses. Ambos llevaron una vida insólita en la tierra extranjera.

El libro original *Meshiko Shinwa* no hace ningún comentario sobre estos dos japoneses. Sin embargo, el hecho de que se haya hecho referencia a dichas narraciones aparecidas en el libro *Aboku Chikushi*, hace suponer que Hatsutaro recibió alguna ayuda de Otokichi y Hisakichi.

Posteriormente, Otokichi visitó Nagasaki como intérprete. El día 15 de julio de 1854, el comodoro británico Starling entró en forma imponente al puerto de Nagasaki, encabezando un barco de guerra y cuatro barcos de vapor. En esa ocasión, Starling exigió una entrevista con el Magistrado de Nagasaki. El intérprete de la entrevista era Otokichi, quien estaba a bordo de uno de los barcos británicos. En sus ratos libres, éste le hablaba con melancolía de Japón a un intérprete holandés que prestaba sus servicios al Magistrado de Nagasaki, recordando la desventurosa y dura vida que había llevado.

Este año cumpla 49 años. Hace 21 años que llegué a Inglaterra, navegando a la deriva. Cuatro años después de que llegara a Inglaterra, es decir, hace 17 años, entré al puerto de Uraga en un barco especialmente preparado para escoltarme. No obstante, en una noche fue construida una plataforma provisional y los barcos fueron atacados a cañonazos. Una viga del mástil quedó destruida. Como no tenía otra opción, el barco se retiró. Posteriormente, fui empleado de una oficina pública británica. Hace seis o siete años me mandaron a Shang-hai, China, para ocupar un cargo oficial. Hace algunos años me casé con una inglesa, pero murió muy enferma. Ahora estoy casado con una mujer hindú. Cuando volví a Japón por primera vez, tenía la esperanza de que todavía mis padres vivieran. Pero al ver que han transcurrido tantos años, me resigné a pensar que ya no vivirían. La gente del extranjero se ha mostrado muy hospitalaria, por lo que estoy muy familiarizado con la vida en ese país.

No obstante, como vivía en el extranjero, siempre le quedaba en el fondo del corazón la obsesión por regresar, y no podía resignarse totalmente. “No sólo no podía cumplir con

los deberes filiales mientras que mis padres vivieran, sino que no podía celebrar la misa budista de réquiem por ellos. Lamento mucho haberme convertido en un gran pecador''. La tierra extranjera le reflejaba siempre las imágenes de sus padres en el corazón. Como un acto de penitencia le brotó la idea de tratar a los náufragos que padecieran su mismo destino, con toda la hospitalidad posible.

Para expiar mis pecados, decidí ofrecer todo mi apoyo a aquellos japoneses que llegaran a Inglaterra, víctimas de naufragios, para que pudieran regresar a Japon. Hasta la fecha, ofrecí mi ayuda en varias oportunidades y pienso seguir haciendo lo mismo en el futuro.

Las notas históricas que hacen referencia a las reminiscencias narradas detalladamente por Otokichi son largas y concluyen con las siguientes frases:

En esta ocasión, viajé a esta tierra y me entrevisté con diversas personalidades, lo que me provocó sentimientos encontrados de pena y alegría; me dio mucha pena, pero al mismo tiempo me sentí muy dichoso. En cierta ocasión en la que el barco en que me dirigía a Japón, hizo una escala en el puerto de Shanghai, me ofrecieron subir al buque para que sirviera como intérprete. No pude rechazar tal oferta, y subí a bordo de acuerdo con las instrucciones. Espero que se sirva comprender la situación en la que me encuentro.

Pese a que Otokichi tenía frente a sus ojos las montañas y los ríos de su patria, le fue negada la entrada al país. Al no poder pisar la tierra de su pueblo natal, la segunda mitad de su vida transcurrió en el extranjero. Disculpándose en vano por incumplimiento de la piedad filial, se afanaba por hacer que regresaran a su patria aquellos que habían tenido la desdicha de sufrir accidentes en el mar. El espíritu doloroso pero meritorio del pobre náufrago nos conmueve profundamente.

Reencuentro de Zensuke y Hatsutarō en "Zhapu"

Zensuke, quien se había quedado solo por la partida de Hatsutarō, permaneció varios días en el barco. A finales de febre-

ro lo llevaron a Macao en lancha. Sobre la gente que habitaba en la casa donde permaneció, Zensuke se limitó a explicar muy brevemente en *Meshiko Shinwa* lo siguiente: “Los miembros de la familia y sus vestidos son similares a los de los americanos”.

En cuanto al hecho de que Zensuke fuera bien atendido por el misionero Samuel Wells Williams, esto es cierto tal y como se describe adelante. Zensuke permaneció sesenta días en Macao y partió de ahí a finales de abril, gracias a la mediación de Otokichi y a la ayuda del misionero. El barco era de 40 toneladas e iban a bordo unos diez chinos. Mientras el barco navegaba hacia el este, durante trece días sopló un viento en contra. A la espera de que amainara se quedaron en una isla de unos cuatro kilómetros de perímetro, y después Zensuke se trasladó a otro barco que zarpó a mediados de mayo. El nuevo barco se dirigió hacia el noreste durante doce días; luego cambió de rumbo hacia el norte,¹ y dos días después llegó a un puerto. Era el puerto de Ningbo (China).² Diez días después de haber llegado allí, Zensuke obtuvo permiso para desembarcar; pero lo extraño fue que la gente del lugar le enrolló en la cabeza una tela negra de más de dos metros y lo visitó con un traje de marinero. Lo llevaron en un palanquín cargado por los marineros. Después de correr más o menos un kilómetro, desembocaron en una calle de la ciudad. Al bajar del palanquín, le quitaron la tela negra. Después de ponerse el traje que traía, lo llevaron a una casa con una puerta occidental. A comienzos de septiembre lo condujeron de nuevo en el palanquín hasta la orilla de un río, donde subió a un barco. La anchura del río era de aproximadamente diez metros. Avanzados unos cien, el barco desembocó en el mar. Desde ahí se dirigió hacia el norte durante tres días y finalmente llegó a la ciudad de “Zhapu”, donde Zensuke se alojó en una casa de dos pisos. En esa misma casa había ocho

¹ La frase “hacia el norte” no aparece en el texto original, pero fue insertada por indicaciones del propio autor. Por otra parte, ciertos errores de números o palabras que se encontraron después de la impresión del libro han sido corregidos luego de consultar con el propio autor.

² Ningbo: puerto ubicado en la parte noreste de la Provincia de Zhejiang, China. En 1522 los portugueses empezaron a comerciar con esta ciudad. Los británicos la ocuparon durante la Guerra del Opio (1840-1842).

náufragos japoneses, entre ellos el viejo compañero Hatsutaro. De los otros siete restantes, seis eran Jinsuke, Chojiro, Jyukichi, Kihei, Jirokichi y Yosazo, tripulantes del barco *Kankichi-maru* de la Provincia de Mutsu (actual Prefectura de Fukushima) que llegó a Luzón, al naufragar el día 15 de octubre de 1841 en alta mar, frente a *Kujyukuri-hama* (Prefectura de Chiba). El último era Yasabei, tripulante del barco *Shoto-ku-maru*, al que se hizo referencia anteriormente. Lamentablemente, Sohichi, tripulante del mismo barco que Yasabei, falleció por enfermedad pese a haber llegado hasta la ciudad de “Zhapu”.

Primer grupo de tripulantes que regresa a Japón

Después de los acontecimientos mencionados, se decidió que los ocho regresarían a Japón en dos barcos, ya que estaba previsto que en noviembre de 1843 zarparían los barcos comerciales de la compañía “Nihon Tsusho”. En el primer barco, el *Genpo*, subieron cinco tripulantes del barco *Kankichi-maru*. En el segundo barco, el *Sentai*, subieron Zensuke, Hatsutaro, Yasabei y Jirokichi. El primer barco zarpó de Zhapu el día 17 de noviembre y el segundo, el día 23 del mismo mes. Al despedirse de las aguas turbias del mar territorial de China, el barco en que estaban a bordo Zensuke y Hatsutaro avanzó por una ruta de navegación en calma y con aguas cristalinas. Después de aproximadamente diez días, con el corazón lleno de alegría pensando en la patria que tanto añoraban, apareció la sombra de la tierra a lo lejos en el horizonte. Con el tiempo se divisaron las montañas, que reflejaban el verdor de los pinos. En ese momento les brotaron lágrimas de agradecimiento. Con referencia a estos sentimientos de alegría, M. Inoue, autor del libro *Aboku Chikushi*, compuso un poema chino al imaginar los sentimientos de Hatsutaro en ese momento culminante:

*Mientras que se baja la vela a la mitad,
las aguas limpias del mar se vuelven turbias.
Tomando sake, todos los miembros del barco ponen cara
risueña.*

*Señalan a lo lejos con el dedo, una raya de verdor en el
sudeste.
Las montañas de Kyushu, Japón, se van reconociendo.*

Finalmente, el día 2 de diciembre, ambos barcos llegaron al puerto de Nagasaki, y se vieron cumplidos sus deseos.

La vida en Mazatlán (enero de 1843 a diciembre de 1844)

Traslado de Takichi y de otros tres tripulantes a Mazatlán

Antes de zarpar de Mazatlán, Zensuke y Hatsutaro escribieron una carta que dejaron de recuerdo a los compañeros que se quedaban en México: “Pase lo que pase, vengan a Mazatlán a la brevedad posible”. Takichi y otros, envidiosos del regreso de Zensuke y Hatsutaro a Japón, deseaban ir a Mazatlán a toda costa; solicitaron así a sus respectivos patrones que los dejaran ir y esperaron con ahínco a que llegara ese día.

A mediados de enero de 1843 obtuvieron información de que había un barco con destino a Mazatlán. Con la ayuda del propietario del barco, Takichi, Yaichi, Hichitaro y Manzo pudieron subir a bordo. Gisaburo, Sousuke e Inosuke también solicitaron desesperadamente que los dejaran subir a la embarcación; pero su solicitud fue rechazada debido a que era un barco de carga y no había lugar para más de cuatro. Los que se quedaron en la costa estaban afligidos y despidieron a los otros con lágrimas, pensando que probablemente jamás volverían a verse en su vida.

El barco era de color negro, de un poco más de diez toneladas, y sus dos mástiles —uno grande y otro pequeño— tenían velas de lino hinchadas por el viento. Había tres tripulantes. Al soltar las amarras, el barco comenzó a navegar viento en popa. Atravesando el “Mar de Sangre”, tres días después llegaron al gran puerto de Mazatlán, tras el cual se alzaban una tras otra, montañas empinadas. El puerto tenía una dimensión aproximada de 750 áreas y estaban atracados cerca de veinte buques mercantes, tanto nacionales como extranjeros. Había izadas banderas nacionales de múltiples colores; todo presentaba un aire próspero de puerto internacional. A

lo largo de las calles había nada menos que mil casas. Cada una de ellas era una tienda al por mayor que vendía bordados de hilos de oro, tejidos, porcelanas, etc. A una distancia de ochocientos metros de ese lugar se encontraba la Representación Comercial de Holanda. Los marineros japoneses trataron de explicar con señas lo que les había ocurrido durante el naufragio y solicitaron que los enviaran a Japón. Pero los hombres de la casa holandesa los rechazaron agitando las manos, sin atenderlos. Takichi y los otros entraron al azar a varias casas, sin encontrar quién los escuchara. Viéndose apurados, regresaron a la costa. Cuando apelaron al capitán del barco en el que habían llegado a Mazatlán, éste se puso furioso y trató de atraparlos, diciendo: “¡Los agarro y los regreso a San Posé!” Takichi pensó que si los devolvían a “San Posé” perderían la esperanza de volver a Japón, por lo que se puso a discutir con el capitán y dijo: “No me separaría de esta tierra aunque experimentara amarguras y me convirtiera en mendigo.” Así, con dificultades, Takichi salió del apuro.

Convivencia en casa de un mayorista de enseres domésticos

Solicitaron en varias casas que les ofrecieran alojamiento y comida; pero ni el segundo día pudieron encontrar una que los albergara. Los víveres que habían llegado se les estaban agotando y no sabían que hacer. Entonces, Takichi y los demás se encontraron con “Tonpilomón”, quien se encargaba de la cocina en aquel barco de contrabando. Les pareció como si se hubieran encontrado con Buda en el infierno, y le contaron lo que les había sucedido, contestando a las preguntas formuladas por “Tonpilomón”, a quien le pidieron ayuda para regresar a Japón. Éste se compadeció de los japoneses y los llevó a la casa donde trabajaba y vivía. La casa era enorme y estaba situada cerca de la costa, en una extensión de casi una hectárea. Tenía un tejado cuyo tamaño era de casi quince metros sobre la fachada y de siete metros de profundidad. Gracias a la cordial recomendación del mexicano y a la petición encarecida de Takichi y del grupo, el dueño de la casa, Benito, los aceptó con gusto, ofreciéndoles un sueldo diario en plata de

27 gramos. La casa en la que Takichi, Yaichi, Hichitaro y Manzo consiguieron trabajo era de un comercio mayorista que vendía todo tipo de enseres domésticos. Detrás de la casa había dos bodegas: una de aproximadamente veinte metros de largo y diez de fondo y la otra de unos cien metros de largo y diez de fondo. Los tres japoneses, menos Takichi, se ocupaban de meter a las bodegas los cargamentos de los buques mercantes de diversos países que entraban diariamente al puerto. Sin interrupción se trasladaba una gran cantidad de cargamentos a las bodegas. Allí había hierro, acero, madera, algodón, licores, etcétera. El trabajo de Takichi consistía en llevar y traer a la hija del patrón de la casa a la escuela, así como servirle las comidas a los que trabajaban en las bodegas. Un tiempo después, Yaichi, Hichitaro y Manzo fueron reprimidos por el patrón debido a que tomaban siestas durante las horas de trabajo, por lo que fueron desplazados a otras casas.

Aprendizaje del idioma mexicano

Tres o cuatro días después de haber iniciado el trabajo, Takichi estaba observando con mucha atención una manada de ovejas que iba pasando frente a la puerta de la casa. Entonces, "Marena", la hija del patrón, que estaba por cumplir 22 o 23 años, le preguntó señalando con el dedo hacia las ovejas: "¿Cómo se llama?". Desde hacía tiempo, Takichi había escuchado con frecuencia esa frase, y le parecía extraño que hubiera "komoso yama" (montaña donde están los practicantes del budismo llamados *komuso*); pero por primera vez se dio cuenta de que esa frase significaba en idioma mexicano ¿cómo se dice en japonés? Takichi contestó *hitsuji* (oveja). La señorita, al percibir que él había entendido lo que ella le había preguntado, le volvió a preguntar: "¿Cómo se llama?", mientras apuntaba hacia Takichi. Éste le contestó: "Takichi". La señorita entró corriendo alegremente a la casa mientras repetía "Takichi, Takichi". Ella disfrutaba enseñándole a la gente de la casa que el nombre del japonés era Takichi. Desde entonces, lo llamaron por su nombre y Takichi se ganó cada vez más el cariño de la gente. Este fue el motivo por el cual Takichi empezó a aprender el idioma mexicano. El voca-

bulario que aprendió aparece en el volumen VI de *Meshiko Shinwa* y está clasificado en once grupos: 182 vocablos y 32 frases anotadas con sus traducciones. A continuación se señalan algunos ejemplos:

Astronomía:

el cielo: “ten”; el sol: “zuna”; el viento: “viento”; la lluvia: “lloviendo”

Geografía:

el monte: “monte”; la inundación: “muchimí agua”; el bambú: “carrizo”; la piedra: “pedira”; el Japón: “Capón”

Personas:

el padre: “papá” (los pobres lo llaman “patre”); la madre: “nana” (los pobres la llaman “jubre”); la esposa: “señorita”; el esposo: “citi”; el malvado: “buganto”

Colores:

el azul: “flanwa”; el amarillo: (no se memorizó); el rojo: “clotar”; el blanco: “flanco”; el negro: “negro”

Vestidos:

la ropa: “mi ropa”; la camisa: “camisha”; el pantalón: “bantoloni”; el cinturón: “huaja”; el hilo: “hilo”

Bebidas:

el licor: “vino”; el vino: “vino de crotado”; la cerveza: “cirveiza”; el té: “sob”; el cigarrillo: “polo”

Construcciones:

la casa: “casa”; nuestra casa: “dentro”; la bodega: (no hay vocablo); el templo: “misan”; la pared: “cericando”

Artículos y bienes:

el papel: “pajeli”; el buque mercante: “caliganten”; la espada: “tachi”; la taza: “taza”; el paraguas: “para”

Cantidad:

el dos: “dos”; el diez: “geshi”; el sesenta: (no se memorizó); la cantidad: “cajón”; la braza: “dos bau”

Cuerpo:

los ojos: "ojosi"; la nariz: "narisi"; la oreja: "orija"; la piedad: "pata"; la cicatriz: "fufrizo"

Frases:

Sí, señor: "Sí, seiyo"; comerciar: "sacar"; pedir: "dame"; ven: "ven"; ¿Qué pasó?: "¿Onde sitá?"; adiós: "aliosa nami-go"; ¿Cómo le va?: "¿Cómo layá?"; hace buen tiempo: "Fu tejico"; buenos días: "hoinos días amigo"

Una espléndida ceremonia de bodas

De acuerdo con las costumbres de Mazatlán, la gente solía pasear después del almuerzo alrededor de las dos de la tarde. Las esposas, conversando alegremente, iban del brazo de sus esposos que se cubrían con sombrillas. Sus hijos y nietos les seguían con júbilo. Los ricos iban en coche de caballos, formando un grupo de cinco o seis personas. Los postillones disfrutaban haciendo galopar a sus caballos y corriendo por todos lados. A Takichi le pareció que ésta era una sociedad próspera y pacífica. En la ciudad había mujeres que se dedicaban secretamente a la prostitución, y no había prostitutas con autorización oficial. Sobre las relaciones entre los hombres y las mujeres, Takichi elogió su libertad y la armonía existente en los matrimonios. "Los solteros tienen actos indecentes en numerosas ocasiones, pero una vez casados mantienen relaciones muy fieles. No hay gente que vuelva a casarse. En la mayoría de los casos, una vez casados, no se divorcian."

Las bodas eran sumamente brillantes. Los novios cubrían sus cabezas juntas con rebozos finos de encaje y se sentaban en los lugares del centro. Sostenían velas encendidas: él con la mano izquierda y ella con la mano derecha. A su lado los parientes se sentaban como testigos. El reverendo padre se hacía cargo del apadrinamiento. En primer lugar, servía el agua bendita y se colocaba de pie frente a los novios y leía la Biblia. Después de la confesión, el padre daba su sermón. Las siguientes palabras de amonestación eran para el novio: "Después de que contraigas matrimonio, no engañes a tu es-

posa. No la despidas. Siempre mantén el corazón de tu esposa lleno de alegría”.

Las palabras dirigidas a la novia que iba a tener una nueva familia eran: “No le faltes al respeto a tu marido y no lo engañes. Mantén siempre su corazón lleno de alegría. No te marches de casa malqueriendo a tu marido. Trata de hacer el bien y no hagas el mal”.

Después de este acto se celebraba una fiesta espléndida. Llevaban a la mesa carnes de aves y de animales, y masa de tortilla al vapor. Se hacía un brindis, festejando que los novios entraban en una nueva vida. El ambiente del brindis era ameno y agradable, y la gente no llegaba al estado de ebriedad. La fiesta se desarrollaba en un ambiente sumamente jovial, lleno de alegría y de amistad. Se trataba de la sociabilidad de gente muy refinada. Se sentía un ambiente lleno de paz y de cordial hospitalidad.

Mexicanos profundamente devotos

Tal como se observaba en la boda, la gente era profundamente devota. Iban a la iglesia cada ocho días, en el día de descanso, y ofrecían oraciones solemnes a Dios. En la víspera, quizá como acto de purificación, no comían carne de vaca ni de cerdo, sino sólo carne de pescado. Los días de descanso se llamaban “domingo”; el día anterior al domingo se decía “sábado”; el día siguiente se llamaba “dunis”,³ y el siguiente se llamaba “dernisi”. Respecto al origen de esas palabras, había la siguiente leyenda: En momentos de caos, cuando se acababan de crear el cielo y la tierra, el mundo estaba en la oscuridad. Ni siquiera existía el sol. El sol lo creó el Dios del Cielo, pero tardó ocho días en hacerlo. Así penetraron por primera vez los rayos del sol en el mundo, gracias a los cuales los hombres pudieron dedicarse a sus actividades. En conmemoración de ello, se hicieron los días de descanso. En tiempos posteriores, el hecho de que cada ocho días se ex-

³ La palabra “dunis” que escuchó Takichi ha debido ser “lunes”. Esto demuestra lo difícil que le resultaba a los japoneses distinguir y pronunciar bien las palabras en español. Por otra parte, en el siglo XIX era un trabajo poco fácil transcribir las palabras del idioma español al “katakana” (alfabeto silábico japonés).

presara el agradecimiento a la ayuda del sol teniendo su divinidad en un altar, obedecía a esta leyenda misteriosa y a los cuentos tradicionales. Los sacerdotes que tenían a su cargo celebrar tales actos religiosos, comían carne y estaban casados. Se afeitaban el cabello de la parte superior de la cabeza, y se dejaban crecer el de los alrededores, pero muy corto. En las misas y actos funerales se ponían trajes de manga larga con estola.

En la ciudad había muy buenas instalaciones médicas. En especial, había hospitales que ofrecían servicios y medicamentos gratuitos a los pobres. Una enfermedad parecida a la fiebre intermitente de Japón azotaba en forma de epidemia a la ciudad, en especial durante el mes de agosto. Lo que le pareció extraño a Takichi fue que cuando se agravaba la situación y se juzgaba que un enfermo ya no se podía curar con tratamiento, los médicos informaban de ello al ayuntamiento y a la iglesia. Entonces el padre venía rápido, para rezar la fórmula que aseguraba el paso del alma al otro mundo. En esos casos, se creía que los enfermos morirían sin falta al día siguiente. Cuando fallecía la persona, vestían al difunto con unos calzoncillos largos y una camisa, ambos nuevos y de tejido de punto. Le cubrían las manos y los pies con telas de punto, en lugar de ponerles guantes y calcetines. El cadáver se colocaba boca arriba en el ataúd, el cual se transportaba con dos palos sostenidos por cuatro hombres. El padre de la iglesia acudía a leer la Biblia, y los parientes, amigos y conocidos se reunían para despedir al difunto. Los presentes sostenían en las manos fuegos artificiales, que al ser encendidos arrojaban chispas como estrellas fugaces. Cuando llegaban a la iglesia el padre oraba de nuevo. La tumba estaba hecha de piedra, con una cerca. El ataúd se colocaba cuidadosamente en la tumba, pero no se ponía lápida sepulcral. La costumbre era adornar la tumba con flores naturales y artificiales parecidas a las enredaderas.

Ejecución pública de un condenado a muerte

Los castigos solían ser muy leves, al punto de que éstos resultaban inconcebibles para Takichi, quien había crecido bajo el régimen del feudalismo shogunal que imponía penas riguro-

sas. A los ladrones les amarraban del cuello cadenas de hierro y grilletes, y los obligaban a realizar trabajos forzados, en los que no podían avanzar a grandes pasos. Según el grado de arrepentimiento, les quitaban las cadenas del cuello o de los pies. Los criminales arrepentidos se convertían en “soldados”, es decir, en soldados para el fusilamiento. Una vez que se confirmaba que su grado de arrepentimiento era mucho mayor y que volvían a tener el corazón de la gente noble, se les permitía convertirse en agricultores llamados “baisa”, y se veían obligados a dedicarse a dicha tarea en forma permanente. La condena a muerte para los extremadamente malvados era un castigo similar al que se aplicaba en otros países. Takichi fue testigo de que se aplicara la pena de muerte, simultáneamente a tres reos; éstos fueron conducidos a la iglesia bajo la vigilancia de un amplio pelotón de soldados. Una vez que llegaron, fueron recibidos por el padre, quien les leyó la Biblia. Después fueron agasajados esa noche en la iglesia, donde se alojaron. Al día siguiente los llevaron a la cárcel y la ejecución se realizó en público. Un buen número de gente acudió al lugar. Los reos fueron obligados a sentarse y el padre nuevamente leyó la Biblia. Tres soldados les apuntaron con fusiles. Cuando el padre dijo “agua”, otros militares le ofrecieron un último trago de ese líquido a los reos, y se retiraron con el padre. Un momento después, les dispararon al mismo tiempo a tres blancos distintos: la primera bala, encima del estómago; la segunda, al pecho, y la tercera a la cabeza. Los condenados se desplomaron de inmediato en sus asientos. Al ver la terrible escena de la ejecución, las mujeres lloraban a gritos. Se decía que el hacerla en público tenía como objetivo principal eliminar el brote del “espíritu perverso”.

Compra de mercancías y siesta

En las tierras lejanas de “Guaymawasi”⁴ vivían aborígenes mexicanos llamados “los inryu”,⁵ que se dedicaban princi-

⁴ Guaymas.

⁵ En las cercanías de Guaymas no existía ni existe ningún grupo étnico llamado “los inryu”, por lo que se considera que Takichi confundió la palabra “los indios” con “los inryu”.

palmente a la cacería. Originalmente, la palabra "inryu" significaba pordiosero, por lo que fue un nombre puesto en forma peyorativa.

Los indígenas eran tan feroces que no veían maldad alguna en matar a la gente o arrebatarle las maletas a los viajeros. Además, comían carne humana sin sentir miedo. Hacía tiempo que más de doscientos soldados armados con fusiles habían sido enviados de Mazatlán para someter a los indígenas, quienes se defendían disparando flechas. Como no podían triunfar en las batallas y vencer la resistencia, los militares aplicaron la estrategia de cortar los caminos mediante los cuales se abastecían de alimentos los indígenas; pero éstos no se acobardaban y mataban al ganado y se comían la carne cruda. No parecía que se quejaran de hambre. Los de Mazatlán tuvieron tantas dificultades en su ofensiva que finalmente fueron forzados a retirarse. Por otra parte, hubo momentos en los que se prohibió venderle ropas y alimentos de "Gaymawasi" a los "inryu". Era una medida tan rigurosa, que las casas de quienes infringían la orden eran confiscadas; pero tampoco se pudieron obtener resultados con esa medida.

El clima de Mazatlán era tropical, al igual que el de "San Posé". Entre marzo y junio el calor llegaba a su nivel máximo, era como si hirviera agua, y la tierra se cubría de polvo y de cenizas calientes. Entre julio y agosto refrescaba debido a la lluvia; sin embargo, era difícil soportar el clima debido a los cambios bruscos; a veces hacía calor y otras veces estaba fresco.

En el jardín interior de las casas de los comerciantes se instalaban camas cubiertas de piel de tigre o de terciopelo, y se colocaban almohadas delante y detrás de las mismas. Éste era un ofrecimiento para los clientes, quienes después de la compra de mercancías podían tomar una siesta con tranquilidad. Los clientes, quienes sabían muy bien de la existencia de ese servicio, tomaban la siesta según se los permitiera el tiempo y luego se retiraban. Este aspecto reflejaba una vida verdaderamente plácida y sin preocupaciones. Asimismo, los japoneses se sorprendieron ante la actitud de los mexicanos de no preocuparse demasiado por los pequeños detalles.

Sitio de producción de la madera “barasil”

En las montañas altas de esta región, había bosques frondosos con grandes árboles llamados “barasil”, que se parecían al árbol “suo” de nuestro país. Un caballo solo podía jalar dos de estos árboles. Los árboles viejos se utilizaban como leña, y al quemarse producían una ceniza totalmente blanca que, mezclada con agua, se utilizaba como sustituto de la cal. Éste era el material necesario para hacer el fogón, y su calidad tenía la fama de ser la número uno en el mundo. Cuando se transportaban dichos árboles desde el fondo de las montañas, había gran competencia por adquirirlos entre los comerciantes de los buques mercantes de diversos países que estaban atracados en el puerto a la espera de la llegada de la madera. La forma en que se transportaban los árboles desde las montañas era muy característica: los árboles, cortados según un tamaño adecuado, se metían en una o varias cajas que eran sostenidas con una madera puesta en el hombro del cargador, quien la sujetaba con la mano derecha. Ésta era una escena singular y típica del lugar. Los árboles también se transportaban con caballos. Detrás de un caballo con jinete, iban cinco o seis caballos con cargas, que avanzaban en forma ordenada. Los caballos, perfectamente bien entrenados, fueron objeto de admiración para Takichi, quien consideraba que México era un país que realmente merecía el nombre del “país de la ganadería”. Los barcos, procedentes de España, Inglaterra, Francia, Holanda, Rusia, Portugal y Sudamérica, así como de Cantón (China), llegaban a Mazatlán con el propósito de comerciar. En el puerto se realizaban muchas actividades de comercio exterior. En las costas se colocaban indicadores de madera para que sirvieran de guía a los barcos. Los buques comerciales de China, “barcos negros” iguales que los de tipo occidental, venían dos veces al año, trayendo hojas de té y otros productos. Para Takichi el árbol “barasil” era un símbolo de Mazatlán, ya que le producía gratos recuerdos de esa ciudad. Con las maderas de “barasil” Takichi elaboró un cargador y un bastón, que guardaba cuidadosamente para regalárselos a sus amigos al regresar a la parria; lamentablemente se olvidó de llevarlos cuando salió de México, y el tono en el que Takichi se refería a su olvido, reflejaba cuánto lamentaba haberlos dejado.

En Mazatlán también había otro árbol con el que se hacía tinta negra. Ese árbol tenía espinas en el tronco y en las ramas y sus hojas eran parecidas a las del "sansho" (pimienta japonesa). Una vez que se caían las flores, aparecían las vainas.

Las semillas de ese árbol, que eran negras y muy parecidas a las de las judías rojas, se metían en agua para que se pudrieran. El líquido que se producía se utilizaba como tinta negra para escribir. Takichi ha debido olvidarse de preguntar por el nombre de la planta, ya que en el libro solamente escribió el "árbol que producía tinta".

Regreso de Takichi a su pueblo con zapatos de piel

Takichi llevó de regalo a su pueblo zapatos de piel, que le habían parecido muy prácticos desde el principio. Él realizó una explicación bastante detallada acerca del método de la manufactura de zapatos. En primer lugar, el pellejo de la vaca se sumergía en agua durante tres días y al sacarlo del agua, se pelaba con cuchillos de dos filos. Las cortezas que se despegaban del árbol denominado "Guamochi"⁶ se colocaban entre las pieles de vaca y se sumergían en el agua mezclada con cal; cada diez días se sacaban del agua para batirlas y suavizarlas con palos. A continuación, se sumergían en agua con cal debajo de cierto material, sobre el que se colocaba una piedra como peso. Cuarenta días después, el color rojo de la corteza del árbol "Guamochi" penetraba por sí solo en la piel de la vaca. Las pieles se sacaban del agua para secarlas a la sombra y ya estaban listas para ser procesadas.

Los zapatos de piel no se dañaban por la lluvia. Su solidez no era inferior a la guarnición de una espada. En Mazatlán, la gente caminaba en el suelo de la casa con zapatos. Por otra parte, los frutos del Guamochi eran lindos y sabrosos.

Se comenta aún ahora, que la anterior era una de las narraciones de las que Takichi se sentía orgulloso.

⁶ Guamucil.

Al serle reconocida su diligencia en el desempeño del trabajo, Takichi se encargó, entre otras tareas, de la vigilancia de las bodegas del patrón. En aquel entonces se encontró de nuevo con un tripulante del barco de contrabandistas que había naufragado en “Guaymawasi”, tal como se mencionó antes. “Arana”, el tripulante, cuya relación con la ciudad de “Guaymawasi” era poco clara, fue recibido por una familia del lugar. Su comportamiento no era adecuado, y su afán por el alcohol hizo que perdiera la mayor parte de su fortuna. Sus padres adoptivos estaban tan preocupados que lo acusaron ante el ayuntamiento, entonces el hijo adoptivo fue arrestado, y lo privaron de la libertad, atándole a los pies cadenas de hierro. No se sabe cómo “Arana” logró escaparse de la ciudad, y llegó a Mazatlán. Dio la casualidad de que fue empleado como tripulante en la casa donde se encontraba Takichi. En su tiempo libre, pescaba a bordo de un barco pequeño con lo que obtenía un ingreso adicional, vendiendo pescados. Takichi hacía anzuelos y los vendía, aprovechando su tiempo libre. Cuando “Arana” estaba a bordo del barco de contrabandistas, había tratado muy mal a Takichi. Pero ahora “Arana” era quien se preocupaba por Takichi. Un día intentó regatear un precio, pero Takichi no lo aceptó; en ese momento “Arana” lo insultó diciendo: “Eres soberbio e ingrato, a pesar de que yo te salvé la vida”. Takichi se puso furioso, no pudo soportar sus palabras y trató de golpearlo con un palo de hierro que estaba a su lado, diciendo: “Este canalla...” Sorprendidos, varios marineros que se encontraban en el lugar, impidieron desesperadamente que se produjera una gran riña. Al día siguiente, “Arana” le llevó a Takichi tres anguilas para halagarlo; sin embargo, Takichi, que estaba bien atendido en la casa del patrón y no le faltaba comida, no las aceptó. No obstante, “Arana” tampoco se las llevó, por lo que Takichi tuvo que recibirlas y se las dio a los mozos de la casa.